

El comandante de la guardia nacional, que habia presenciado aquella escena, grita desde el patio á sus granaderos, á quienes ve en las ventanas del salon de Guardias, que cojan las armas y vayan á defender la escalera. Estos, en vez de obedecer, se salen de palacio por la galería que está al lado del jardin. Santerre, Theroigne de Mericourt y Saint-Huruge se arrojan entónces precipitadamente sobre las puertas de palacio. Los hombres más temerarios y más fornidos de su comitiva se engolfan en la bóveda que conduce del Carrousel al jardin, separan violentamente á los artilleros, se apoderan de una de las piezas, la arrancan de la cureña y la llevan á brazo hasta el salon de los Guardias, situado en lo alto de la escalera principal. Envalentonada la turba con este prodigio de fuerza y de audacia, inunda la sala y se desparrama á manera de un torrente impetuoso por todas las escaleras y corredores de palacio. Todas las puertas rechinan ó son forzadas por la multitud, que tambien derriba algunas á hachazos. Entónces busca dando descompasados gritos la del cuarto del rey, de la que ya no le separa sino otra puerta, próxima á venir al suelo, cediendo á los esfuerzos de las palancas con que se trata de derribarla y á los golpes que dan con las picas los sitiadores.

## VIII

El rey, que confiaba en las promesas de Petion y en las numerosas fuerzas que custodiaban el palacio, habia visto sin inquietud la marcha de aquel tropel.

El asalto repentino dado á su habitacion le habia sorprendido cuando más seguro se conceptuaba. Retirado con toda su familia á los aposentos interiores que daban al jardin, oia á lo léjos el alboroto que movian aquellas masas, sin poderse figurar que llegasen á penetrar hasta donde él estaba. Las voces de sus criados que huían asustados en todas direcciones, el ruido de las puertas al caer rotas en el suelo, y los aullidos del tropel que se aproximaba, llenan de espanto á la familia real. El rey, confiando con una señal la reina, su hermana y sus hijos á los oficiales y mujeres de su casa que les rodeaban, se lanza solo en la sala del Consejo en cuanto oye aquel formidable estruendo. Allí encuentra al fiel mariscal Mouchy, que no se cansa de ofrecer los últimos dias de su larga vida á su señor; á Mr. de Hervilly, comandante de la guardia constitucional de caballería, licenciada unos cuantos dias ántes; al generoso Acloque, comandante del batallon del arrabal de San Marcelo, que, revolucionario moderado en un principio y vencido despues por las virtudes privadas de Luis XVI, era á la sazón fiel amigo suyo y deseaba ardentemente morir en su defensa. Hallóse allí con tres valientes granaderos del batallon del arrabal de San Martín, llamados Lecrosnier, Bridaut y Gossé, únicos que habian permanecido en su puesto en la desercion general, y que buscaban al rey para cubrirle con sus bayonetas, como hombres del pueblo de corazón sencillo y extraños á la corte, á quienes un mismo sentimiento de deber y de afecto reunía, no defendiendo sino al hombre en el rey.

En el momento en que entraba el rey en aquella sala, las puertas de la pieza contigua, llamada sala de los Nobles, cedían á los esfuerzos de los amotinados. El rey se presentó animoso delante del peligro, y los cuarterones de la puerta cayeron á sus piés. Multitud de hierros de lanza puestos al cabo de unos palos, así como tambien gran cantidad de picas, asomaron inmediatamente por aquella aber-

tura. Mil gritos furiosos acompañaban el ruido de los hachazos que daban para echar la puerta abajo. Entónces el rey, con voz serena, mandó á sus dos ayudas de cámara Hue y Marchais que abriesen las puertas. «¿Qué puedo yo temer en medio de mi pueblo?» — dijo el príncipe dirigiéndose con osadía hácia los sitiadores.

Estas palabras, este movimiento hácia adelante, la serenidad de su rostro y el respeto guardado por tantos siglos á la sagrada persona del rey, suspenden el ímpetu de los primeros agresores. Parece que dudan en atravesar aquel umbral que acaban de forzar, y aprovechando aquel momento de vacilacion, el mariscal Mouchy, Acloque, los tres granaderos y los dos ayudas de cámara hacen retroceder al rey algunos pasos y se colocan entre él y el pueblo. Los granaderos calan bayoneta é imponen respeto á la multitud por un instante; pero ésta va engrosando por momentos y empuja dentro de la sala á los que aún estaban en el umbral de la puerta. El primero que entra es un hombre mal vestido, que lleva los brazos desnudos y que mira como un loco á todas partes, echando espumarajo por la boca. «¿Dónde está *Veto?*» — dice, presentando al pecho del rey un palo en cuyo extremo hay un aguijon. Uno de los granaderos separa con su bayoneta el palo y el brazo de aquel energúmeno. El facineroso cae á los piés del ciudadano, y aquel acto de energía impone á los alborotadores, que pasan por encima del caído. Las picas, las hachas y los cuchillos bajan hácia el suelo ó se separan, y la majestad real recobra su imperio por un momento. Aquella turba se contiene por sí misma, y se mantiene á cierta distancia del rey, en una actitud que más que furor indica una curiosidad brutal.

Algunos oficiales de la guardia nacional que habian acudido al saber el peligro que amenazaba al rey, se reunieron á aquellos bizarros granaderos y lograron separar un poco la multitud que rodeaba á Luis XVI. Este, que no piensa en otra cosa que en alejar al pueblo del aposento en que habia dejado á la reina, hace cerrar tras sí la puerta de la sala del Consejo. En seguida arrastra á la multitud hasta el gran salon llamado de la Claraboya, so pretexto de que por ser más grande podrá contener mayor número de ciudadanos que le vean y le hablen. Lo consigue, y al verse rodeado de aquella frenética turba cuyas armas amenazan su cabeza, se felicita porque es el único que está expuesto de toda su familia. Mas al volverse de repente por un movimiento involuntario, ve á su hermana madama Isabel que le tiende los brazos y quiere precipitarse hácia él.

Esta señora se habia escapado de manos de las damas, que no dejaban salir á la reina y á sus hijos de la alcoba del rey. Madama Isabel amaba á su hermano hasta la adoracion, y queria morir á su lado. Para no separarse jamás de él habia renunciado al amor, á pesar de ser de una belleza angelical unida á una piedad ejemplar. Al ver entrar en la sala á aquella señora despeinada, derramando copiosas lágrimas, y que dirigia sus brazos hácia el rey, con un rostro desencajado en el que se notaba la expresion de una desesperacion sublime, algunas mujeres del arrabal gritaron: «¡La reina! ¡la reina!» Pronunciar este nombre en aquel momento equivalia á una sentencia de muerte. Algunos de aquellos energúmenos levantaron las armas y se dirigieron hácia la princesa para asesinarla; pero habiéndoles hecho ver algunos oficiales de palacio el error en que estaban y quién era aquella señora, el nombre respetado de madama Isabel fué lo suficiente para que se les cayesen las armas de las manos. «¡Ah! ¿Qué es lo que haceis?» — exclamó la princesa. —

Dejad que me tomen por la reina; quizá mi muerte evitaria la suya.» Al decir estas palabras, una oleada de la multitud, á la que fué imposible resistir, separó á madama Isabel de su hermano y la llevó hasta el hueco de una de las ventanas, en donde los que la rodeaban la contemplaron al ménos con respeto.

Entre tanto el rey habia llegado hasta el hueco de la ventana del centro del salon, rodeado de Acloque, de Hervilly, de Vannot y de unos veinte nacionales y voluntarios que le escudaban con sus cuerpos. Algunos oficiales iban á desenvainar sus espadas. «Volved las espadas á la vaina,—les dijo el rey con tranquilidad;—estas gentes están extraviadas, pero no son tan culpables como aparecen.» Dicho esto, subió en una banqueta que estaba al lado de la ventana, y con él unos cuantos granaderos, quedando otros delante del rey para defenderle apartando los palos, las hoces y las picas con que le amenazaban. Al mismo tiempo unos gritos horrosos salian de entre aquella irritada masa. ¡Abajo el veto! ¡Queremos el campamento junto á Paris! ¡Volvednos los ministros patriotas! ¿Dónde está la Austria? Algunos furiosos se destacaban á cada instante de las filas é iban á injuriar más de cerca y á amenazar de muerte al rey. No pudiendo acercarse á él, porque lo impedian las bayonetas de los granaderos, tremolaban á su vista y encima de su cabeza sus asquerosas banderas y sus funestas inscripciones. Entre estos furiosos habia uno principalmente que, con una pica en la mano, hacía los mayores esfuerzos por penetrar hasta donde estaba el rey. Era éste aquel mismo asesino que dos años ántes habia lavado en un cubo de agua, despues de cortadas, las cabezas de Berthier y de Foulon, y que llevándolas por los cabellos por el muelle del Hierro Viejo, se las habia arrojado al pueblo como unas enseñas de carnicería y para incitarle á cometer nuevos asesinatos.

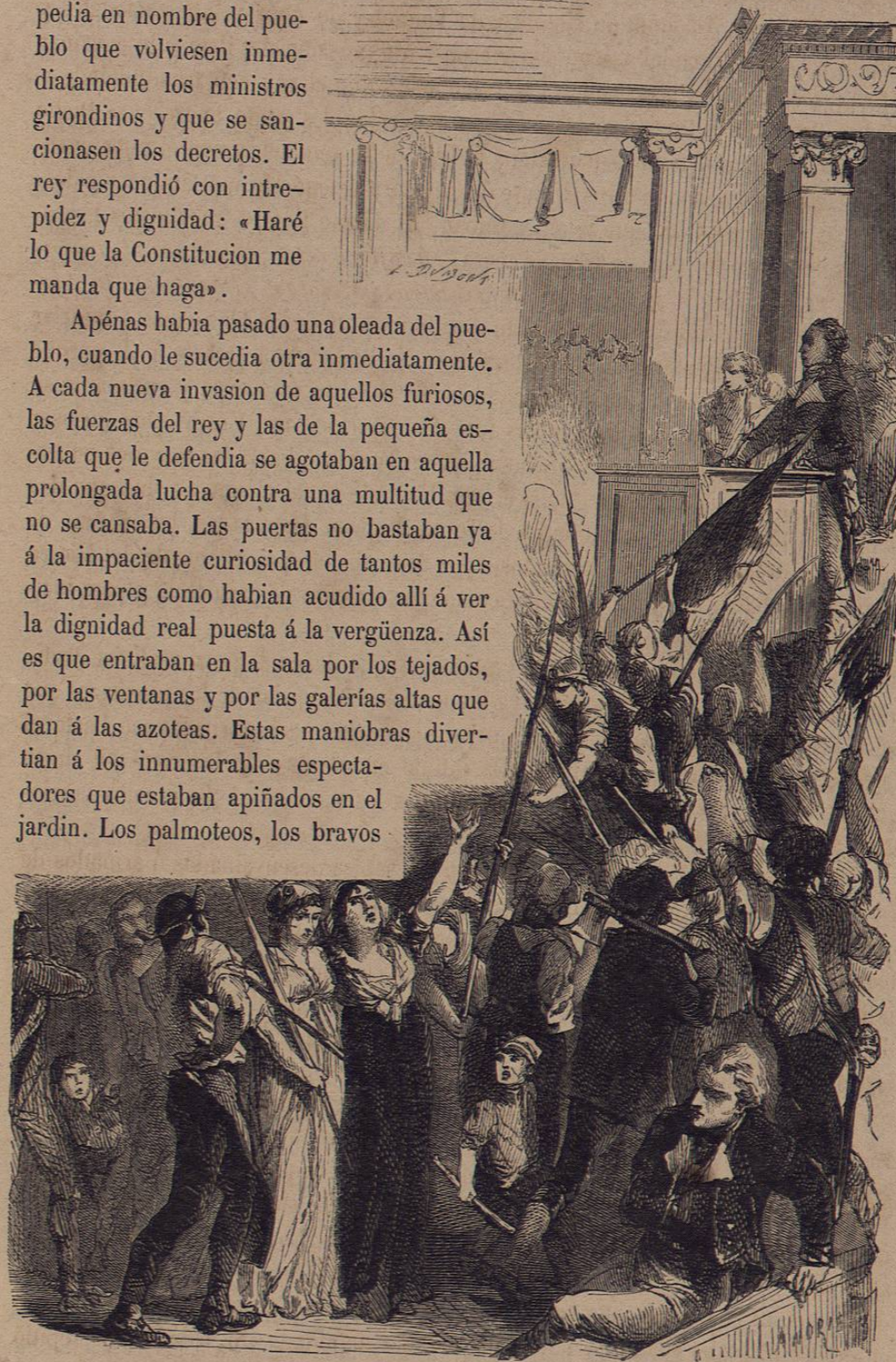
Un jóven rubio y elegantemente vestido, aunque de cara feroz, asaltaba continuamente á los granaderos, y tenia ya las manos estropeadas de los pinchazos que se habia dado en las bayonetas al querer separarlas para abrirse paso hasta el rey. «¡Señor! ¡señor! exclamaba.—¡Os intimo en nombre de las cien mil almas que me rodean que sancioneis el decreto contra los sacerdotes! ¡Es preciso sancionarlo ó morir!»

Otros hombres del pueblo, aunque con los sables desenvainados ó armados de espadas, pistolas y picas, no hacian ningun gesto amenazador y reprimian á los que atentaban á la vida del rey. Distinguíanse tambien entre aquella multitud algunas señales de respeto y de dolor en los rostros de una gran parte de ella. En esta inmensa revista de la revolucion, el pueblo se mostraba terrible, pero no se confundía con los asesinos. Empezaba ya á establecerse cierto órden en las escaleras y en los salones; las turbas, empujadas por las turbas, despues de haber contemplado al rey y de haberle amenazado cara á cara, recorrían triunfantes los demas aposentos de aquel *palacio del despotismo*.

El carnicero Legendre apartaba á uno y otro lado aquellas hordas de mujeres y de muchachos, acostumbrados á temblar al eco de su voz. Hizo señal de que queria hablar, y al momento quedó todo en silencio. Los guardias nacionales se apartaron para que pasase á interpelar al rey. «Caballero...»—le dijo con una voz de trueno. El rey, al oír esta palabra que equivalía á una destitucion, hizo un gesto en que se marcaba cuánto se habia ofendido su dignidad. «Sí, caballero,—repitió Legendre apoyando más sobre esta palabra,—escuchadnos; vuestro deber es escu-

charnos. ¡Sois un pérfido! Siempre nos habeis engañado, y estais engañándonos todavía. Pero mirad lo que haceis, porque la medida está ya llena. El pueblo está cansado de ser víctima y juguete vuestro.» Legendre, despues de haber dicho estas palabras amenazadoras, leyó una peticion concebida en términos tan imperantes como aquéllas, en la cual pedia en nombre del pueblo que volviesen inmediatamente los ministros girondinos y que se sancionasen los decretos. El rey respondió con intrepidez y dignidad: «Haré lo que la Constitucion me manda que haga».

Apénas habia pasado una oleada del pueblo, cuando le sucedía otra inmediatamente. A cada nueva invasion de aquellos furiosos, las fuerzas del rey y las de la pequeña escolta que le defendía se agotaban en aquella prolongada lucha contra una multitud que no se cansaba. Las puertas no bastaban ya á la impaciente curiosidad de tantos miles de hombres como habian acudido allí á ver la dignidad real puesta á la vergüenza. Así es que entraban en la sala por los tejados, por las ventanas y por las galerías altas que dan á las azoteas. Estas maniobras divertían á los innumerables espectadores que estaban apiñados en el jardin. Los palmoteos, los bravos



Jornada del 20 de Junio.—Desfile de los insurgentes armados por delante de la Asamblea.—Pág. 395.

y las risotadas de aquella gente que estaba por la parte de fuera, envalentonaban á los que daban esta especie de asalto. Mil funestos diálogos se entablaron en alta voz entre los sediciosos de arriba y los impacientes de abajo. «¿Le han herido? ¿Ha muerto? ¡Echadnos las cabezas!» —gritaban muchos de aquellos hombres. Algunos miembros de la Asamblea, algunos periodistas girondinos y algunos políticos, como Garat, Gorsas y Marat, estaban confundidos entre la turba, burlándose con mil chanzonetas del vergonzoso martirio que sufría el rey. Por un momento corrió la voz de que había sido asesinado.

Pero este rumor no produjo ni un grito de horror entre aquel inmenso gentío, que dirigía su vista al balcón, esperando que de un momento á otro le enseñasen el cadáver. Sin embargo, en medio de tanta rabia se advertía que la mayor parte de aquellas gentes querían reconciliarse con el rey. Un hombre del pueblo presentó á Luis XVI un gorro encarnado en la punta de una pica. «¿Que se le ponga! ¡que se le ponga!» —exclamó la multitud. —Este es el signo distintivo del patriotismo; si se adorna con él, creémos en su buena fe.» El rey hizo seña á uno de los granaderos de que le diese el gorro, que se puso inmediatamente sonriéndose. En seguida se oyó un grito unánime de *¡Viva el rey!* El pueblo había coronado á su jefe con el signo de la libertad, y el gorro de la demagogia reemplazaba á la diadema de Reims. El pueblo había vencido y estaba ya sosegado.

Pero otros nuevos oradores, encaramados sobre los hombros de sus camaradas, no cesaban de pedir al rey, ya con súplicas, ya con amenazas, que prometiese volver á llamar á Roland y sancionar los decretos. Luis XVI, invencible en su resistencia constitucional, eludió ó se negó siempre á acceder á las instancias de los sediciosos. «Guardian de las prerogativas del poder ejecutivo, —les respondió, —no le entregaré á la violencia; no es el momento á propósito para deliberar aquel en que no hay completa libertad para hacerlo.» «No tengais miedo, señor», —le dijo un granadero de la guardia nacional. «Amigo mio, —le respondió el rey cogiéndole el brazo y acercándolo á su pecho, —pon ahí la mano, y mira si mi corazón late con más violencia que de ordinario.» Esta acción y las palabras de intrépida confianza que la acompañaron, vistas y oídas por aquella multitud, cambiaron enteramente el corazón de los sediciosos.

Un hombre medio desnudo se presentó al rey con una botella en la mano, y le dijo: «Si amais al pueblo, bebed á su salud». Las personas que rodeaban al príncipe, temiendo tanto el veneno como el puñal, suplicaban al rey para que no bebiese. Luis XVI alargó el brazo, cogió la botella, se la llevó á los labios y bebió á la salud de la nación. Esta familiaridad con el pueblo, representado por un mendigo, acabó de popularizar al rey. Nuevos gritos de *¡Viva el rey!* salieron de todas las bocas, llegaron á las escaleras y fueron á consternar á los grupos que, aguardando una víctima en el terraplén del jardín, veían que los verdugos se habían convertido en defensores de aquel á quien iban á asesinar.

## IX

Mientras el desgraciado príncipe peleaba solo contra un pueblo entero, la reina sufría en una sala inmediata iguales ultrajes y estaba expuesta á los caprichos de los amotinados, lo mismo que su marido. Más odiada que el rey, corría mucho